

Carta de Jerusalén, *junio de 2006*

Mauricio Tenorio Trillo

*Entonces entendí lo que explicaban los historiadores
y los viajeros sobre la sorpresa de los cruzados y peregrinos
ante la primera vista de Jerusalén... Si viviera mil años, nunca
olvidaría este yelmo que todavía parece respirar
las grandezas del Señor y los terrores de la muerte.*
Vicomte de Chateaubriand (1806)

*¿Pero cómo se salva el que no tiene destino?
¿Hay cabida en la tierra para el que duda?*
Marco Antonio Campos, “A orillas del lago de Galilea” (2003)

DE BARCELONA A JERUSALÉN

En 1095 el papa Urbano encargó a la cristiandad ibérica luchar contra los infieles en casa. Vereda no existió entre Barcelona y Tierra Santa; en cambio, por tres siglos no creció la hierba en los caminos que iban de pueblos y ciudades francesas a Jerusalén. Hoy Iberia o ElAl tienen vuelos directos de Barcelona al aeropuerto de Tel Aviv –que lleva por nombre David Ben Gurion, el sionista y socialista polaco para quien la utopía de un Estado para los judíos era parte del anhelo de igualdad social–. El aeropuerto de Tel Aviv da la bienvenida a un Estado, Israel, del cual Ben Gurion fue primer “primer ministro”, pero hoy Israel está partido por desigualdades no sólo entre palestinos y judíos, sino entre diferentes grupos judíos, entre ricos y pobres. Los kibutsim marxistas y socialistas han desaparecido. Ya en Jerusalén el historiador Avihu Zakai, que creció en uno de ellos, me dice con nostalgia que aquello se acabó tanto como leer con devoción a Marx en hebreo y cantar canciones soviéticas.

Los kibutsim, escribe Aharon Appelfeld, eran “verdaderos invernaderos para cultivar el olvido” y formar israelíes. La igualdad parece sólo posible haciendo tabula rasa de lenguas, recuerdos y costumbres. Atrás, en el Prat, aeropuerto de Barcelona, se quedó la Cataluña neo-estatutaria, obsesa con la nación, la inmigración y, no menos, con el Barça triunfante. La sensación es diáfana: el gobierno nacionalista de izquierdas está a punto de caer pero no pasa nada.

Llego al Israel pos-antifada, pos-11 de septiembre, pos-Arafat y pos-Sharon, un Estado que reinventa el gobierno en el medio de fuertes contradicciones internas y del triunfo de Hamas entre los palestinos. Al llegar, *The Herald Tribune* me recibe con un reportaje sobre la situación desesperada de la burocracia palestina, los hospitales y las escuelas, pues la autoridad no ha recibido ni los impuestos que recaba Israel ni la ayuda de Europa y Estados Unidos. Hamas, sin embargo, se niega a reconocer el derecho a existir del Estado de Israel. Hamas, es claro, quisiera borrar a Israel; Israel, a Hamas. Cuando los deseos se asemejan, se cumplen. Si uno quiere caer bien a todos, dijo Saul Bellow en Jerusalén en 1975, lo mejor es no hablar de este conflicto. Que la máxima me acompañe por donde ande.

Ni como historiador me atrevo a evocar alguna historia que me libre de las dudas y que me deje mantener con candidez posiciones políticas y éticas tajantes. Porque aquí sí puede pasar cualquier cosa. ¡Ay, qué *anyorança* de las obsesiones catalanas y de su no pasar nada! Lejos, pues, Barcelona y Tel Aviv, pero cerca, muy cerca; la primavera mediterránea es una y son iguales los sueños de Estado, de nación, de integridad identitaria y de seguridad. De las identidades vamos a las identidades venimos. La diferencia es la sangre, no la que nos circula sino la que se derrama.

De Tel Aviv a Jerusalén, nada: el país es tan *petit*, como *petit* es la Cataluña a la que el sol duda haber visto, por ello regresa, o eso cantaba el Lluís Llac de la transición. Hace unos meses Llac anunció su retiro. Se nos escapan entre las arrugas de la memoria los años vividos con una oreja en “*segur que tomba, tomba, tomba*” y la otra en “¡Andaluces de Jaén, aceituneros!” Dejo atrás, pues, la Ciudad Condal, próspera, feliz, monótona, anegada de turistas y de rostros cada vez más coloridos. Llego a Jerusalén. Parece sereno, el turismo

poco a poco regresa después de casi dos años de atentados. Piedras y olivos como campos de Castilla. Vengo al encuentro de una ciudad dividida, disputada, no hoy sino hace mil años. Ayer, hebrea, siria, romana, griega, musulmana, reino cristiano de cruzados, turca, árabe, inglesa, jordana... hoy, capital controvertida del Estado de Israel. Como Atenas después de la independencia griega, es la fe en la historia lo que impone a esta pequeña ciudad como capital de Israel. También es la capital de la fe de muchos y de la culpabilidad occidental contemporánea, por ello es un acertijo para la justicia (para donde se vea hay piedras sagradas y argumentos de donde tirar). De haber hubo y hay otras grandes injurias en el mundo y en la historia, pero el exterminio de los judíos es la más recurrente, reciente e íntima infamia para Europa y las Américas.

Veo llegar a Jerusalén autobuses llenos de evangélicos americanos o católicos mexicanos. Vienen a la ciudad que irradia “milenios de historia” —eso les dicen—. Pero aquí el edificio pesa mucho menos que los andamios y grúas de la historia. Jerusalén es más que una lección de historia: es una dura clase de cómo se escribe la historia, una que muestra cómo cada evidencia puede ser utilizada para contar relatos opuestos, uno tan fiel al pasado como el otro. Pero yo vengo a caminar, no a disertar sobre temas de los que ya muchos, y más enterados que yo, han dicho casi todo. Para opinar, Jerusalén, como Barcelona, exigen credenciales que no confieren ni caminar ni leer; para hablar de Israel o de Cataluña más que tener hay que ser algo inabordable para un perengano que vino a caminar *i prou*. Atrás dejé la monomanía —*estatut, identitat, tripartit*—, pero de Barcelona a Jerusalén me traje alguna lección (Martí Rosselló):

Humildemente os lo digo: ser muy catalán me da mucha pereza.

Y ser un poquito o un casi cualquier otra cosa
que lleve otro nombre me parece tan débil.

[...]

¿Por qué no ser un rincón del mundo sin importancia
desdibujado de los mapas y sin grandes proclamas
vagar la historia sin dejar rastro?

DEL MONTE SCOPUS A LA PUERTA DE DAMASCO

Algo de timidez transmite la ciudad tras la desfloración de la primera caminata. En la andanza primeriza en una ciudad desconocida nos sentimos un algo culpables de perder las imágenes que nos heredaron los relatos de viajeros. Ojalá no hubiéramos extraviado los ojos de Flaubert o de José Vasconcelos –para quien recorrer Jerusalén era “revivir la ruta de la conciencia humana, en la más profunda, la más completa de sus experiencias terrestres”–. The French Hill y el Monte Scopus eran, hasta antes de la Guerra de los Seis Días (1967), parte del Jerusalén jordano. Según a quién se pregunte, a esta sección de la ciudad le dicen el Jerusalén reunificado o el ocupado. Ambos adjetivos, a según, son ciertos e inciertos, ninguno de los dos es totalmente justo. Se trata de un par de montañas unidas a la montaña de la ciudad vieja por un pequeño valle poblado por palestinos que la ley reconoce como ciudadanos de Israel, pero. . . Aun en papel, la idea de ciudadanía en Israel es una amalgama rara de modernos derechos republicanos, liberales y nacionales, junto con religión, estado de guerra y pueblo elegido. La zona que camino antes fue The American Colony –por los grupos evangelistas que se vinieron a vivir cerca de la ciudad santa en la segunda mitad del siglo XIX, que aquí los estadounidenses, los ingleses, los alemanes, los rusos o los franceses compraron su solar para estar cerca del santo sepulcro–.

En el Monte Scopus se encuentra la Universidad Hebrea de Jerusalén, más antigua que el Estado de Israel, fundada en 1925 por importantes científicos e intelectuales judíos con el apoyo del “protector” inglés. No por nada la avenida Winston Churchill une a la French Hill con el Monte Scopus, flanqueada por el cementerio inglés donde reposan los restos de los soldados de su majestad británica que en 1917 derrotaron a los ejércitos turcos. Albert Einstein o Sigmund Freud fueron fundadores de la Universidad que otea al valle árabe y a la ciudad antigua amurallada. Una gran Universidad, no hay duda.

Junto al Monte Scopus, The French Hill y un enorme y moderno hotel, que, como la universidad reconstruida después de 1967, es obra del arquitecto brasileño David Resnik, alumno de Oscar Niemeyer. Concreto funciona-

lista, laberintos de pasillos y todo planificado para la protección, pero sin perder de vista a la ciudad antigua, como si esta ciudad fuera para verse, no para caminar.

De ahí, desde ese hotel, inicio la caminata, contra todo consejo: nadie camina por ahí, no hay nada hasta que llegas a la Puerta de Damasco, el calor te dejara tendido, hay muchas crespas... El periódico de la mañana decía que la Corte Suprema de Justicia de Israel ha renovado la prohibición de la reunificación de familias palestino-israelíes. Ha sido una votación cerradísima, entre los que creen que es una violación a los derechos humanos esenciales el prohibir a un ciudadano de Israel traer a su familia a vivir dentro del territorio de Israel, y los que creen que el estado de guerra y asedio, y el no reconocimiento de Israel por Hamas, es razón para no derogar la ley que ha sido creada “provisionalmente”. Mientras bajo la cuesta, los argumentos me parecen inconciliables: para unos, hacer de la ciudadanía israelí –independientemente de religión u origen étnico o nacional– un Estado de derecho aplicable a todos es la manera de perdurar para el Estado de Israel. Para los otros, Israel sólo está haciendo lo que Holanda hace ahora o lo que hizo Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial: a saber, controlar la presencia de enemigos potenciales. Pero ¿ciudadanos sin derecho a vivir con sus familias en su territorio nacional? Yo tengo mis ideas, pero también calor, mucho calor, y en una cafetería árabe me siento a tomar algo.

La televisión está encendida. Benedicto XVI, el papa alemán, habla en Auschwitz. Los comensales gesticulan con desgana porque la cadena árabe no previó que el papa hablaría en italiano, y sólo traducen lo dicho en alemán y polaco. El papa habla de lo difícil que es perorar ahí, en Auschwitz, para un alemán de su generación. Los árabes de ese café de Jerusalén mejor vuelven a fumar y a tomar café y a comentar a saber qué. El papa, se le nota, está partido como los jueces de la Corte Suprema israelí que ayer tomaron la controvertida decisión. Benedicto habla de amor y reconciliación, pero seguro mañana podré leer aquí que no pidió perdón. Y, en efecto, no lo hizo. Dijo que el pueblo alemán fue usado y abusado por un gobierno del mal. Lo peor para la reconciliación es que su postura y dicción exponen a un hombre tan inteligente como poco simpático. Todo causa arritmias: un papa

alemán diciendo eso en Auschwitz, el discurso italiano oído en el Jerusalén árabe. . . Arritmias que ya he encontrado: en otra ciudad (México), en otro tiempo (en la década de 1940), un polaco (David Zabludovsky) leyó en un periódico yiddish que le mandaron de Nueva York la razón que, con los años, hará que el papa de aquel café del Jerusalén árabe mantenga: “es difícil hablar como alemán”. Zabludovsky leyó lo que había pasado durante la invasión alemana en el gueto del pueblo del que había emigrado veinte años antes (Bialystok). Por las calles del gueto deambulaba un anciano con barba blanca, decía el periódico, “célebre autor de acertijos. Cada día tenía algo que decir, cada día un nuevo verso, una nueva palabra, hasta que una oscura mañana cayó en la calle, desvanecido”. Así, en las calles de La Merced, David Zabludovsky aprendió cómo había muerto su padre.

Y hoy en Jerusalén escucho a un Papa alemán en Auschwitz a contraluz de mis lecturas de Zabludovsky, y con estas imágenes entro a la ciudad vieja a través de la Puerta de Damasco. Instantes sin tiempo y sin decoro que vuelan en el aire y que atrapan ora a un judío en México en los cuarenta, ora a un mexicano en Jerusalén en 2006. Mientras cruzo la puerta rodeada de comerciantes –la Merced de acá– pondero las palabras del papa con los versos de otro mexicano (polaco), Isaac Berliner, que, en yiddish, escribió en México (1945):

Por Varsovia, por Lodz,
por cada ciudad, por cada dolor
por cada horror y cada golpe
firmaré dentro de mí un juramento
duro, silencioso, mudo,
que yo, el huérfano de mi nación...
no perdono –¡no perdono!–

Orfandad y no hay perdón: eso es, no es Israel, no es México ni Polonia, ni es el papa; es el poder de nuestro presente insuperable, doloroso y esparcido. Hay nuevas víctimas y los verdugos y mártires de ayer pierden su pureza. Pero... a caminar, que a eso venimos.

Si entrara a la ciudad vieja, comenzaría la caminata orientalista a la que nos tienen predispuestos los viajeros del siglo XVIII, XIX o XX, o las actuales guías de turistas. Mas hoy no quiero entrar. Empecé en un hotel al estilo de Brasilia, llegué a un café árabe en el Jerusalén del este y no me han faltado sorpresas –entre las pipas de agua y el café árabe: un papa alemán hablando en italiano en Auschwitz–. Pero la caminata trae más sorpresas, no por ser andanzas en parajes míticos, sino por andar como si en casa. Sí. Al llegar a la Puerta de Damasco, me siento en otro restaurante y pido un café servido turco, como en mi casa, no por árabe sino por zitacuarenses: café finamente molido en agua hirviente, azúcar, y a esperar a que el lodo asiente.

Hasta la Puerta de Damasco lo sorprendente es la falta de sorpresa. Bajé a este valle y luego subí un poco hacia la ciudad vieja y por momentos creí estar en eso que en La Piedad llaman Las Ocho Esquinas: una zona donde van a caer varias calles y forman ocho esquinas, mezcla de mercado, edificios sin terminar y las ruinas de viejas construcciones aún sirviendo de lo que sea: casa, tienda, bodega, taller. En otros momentos me sentía en Zitácuaro: las tiendas de ropa, los tenderos ahí esperando clientes, las calles repletas. Sentí que de algún lado me saldría la querida tía paterna, hija de libaneses comerciantes, a ofrecerme silla y conversa; verla ahí cruzar de la tienda al café no me hubiera causado el menor asombro. Esto es mío: los rostros de la gente, los edificios, las calles llenas de hoyos y grietas y hierros torcidos y piedras. Sólo una cosa me sorprendió y muchísimo: que todo fuera tan familiar, que yo ya hubiera estado aquí antes.

Cada lengua es muy ella misma, pero hay cosas que para decir las hay que pensarlas de la misma manera aunque al pronunciarlas suenen diferente. Para exclamar repulsión ante el olor de las cabezas de cordero en un puesto callejero en Zitácuaro o en Jerusalén, se pueden utilizar distintas expresiones dependiendo del idioma, pero hay que sentir el mismo asco. También hay cosas que las ciudades pronuncian de la misma manera. No importa dónde se esté, las caras de la gente o el idioma que hablen. Cuando regresaba a mi hotel, subí por otra calle que creí un camino más directo. Y lo era, pero era como pasearse por calles de La Piedad repletas de mecánicos y talleres, como si anduviera entre los nuevos barrios de La Piedad, entre camiones, grasa y

aceite. Ahí se divisan edificios y casas hechas a medias por las olas de dinero: hoy hay, mañana no. Lo mismísimo. Incluso, los rostros guardan una semejanza protectora. Aquí estoy, en una de las ciudades más viejas del mundo, a miles de kilómetros de donde crecí, y ya estuve aquí sin haber estado.

Una vez dentro de la ciudad antigua, entonces sí se está en historias bíblicas, cuentos de santos, dioses y escapularios milagrosos. En Jerusalén se camina la baraja de imágenes que hemos llevado en la cabeza por siglos, en México o en el mundo. El historiador Antonio Annino examina en algún trabajo las demandas de un pueblo de indios del Estado de México en el siglo XVIII. En defensa de sus derechos comunitarios, los indígenas hablaban muy orondos de Abraham, de las tribus perdidas de Israel. Lo mismo dicen hoy los herederos de Beta-Israel, los etíopes judíos. Varias revueltas indígenas en Quito entre el siglo XVI y XIX, según cuenta la historiadora Tamara Herzog, lanzaban el grito: “¡Muerte al judío! ¡Viva el Rey, muera el mal gobierno!” No importa que no hubiera judíos, y, seguro, buscando se encontrarían en Quito demandas como las descubiertas por Annino en México; es decir, tribus judías indígenas. Mi abuela, con inverosímil frecuencia, decía que se iba al valle de Josafat. Por siglos las metáforas cultas o populares han apelado a lugares, nombres, monumentos, reliquias, piedras e historias contenidas en la ciudad amurallada de Jerusalén y sus alrededores. Caminar la ciudad amurallada es abrir el cofre donde se guardan los naipes originales que se han barajado en tantas historias una y otra vez. Sin embargo, sólo para el coleccionista o el arqueólogo los originales son imprescindibles; para un historiador miope como yo lo que cuenta en la historia es la irrefrenable necesidad de Santos Sepulcros o de las estaciones de la Vía Dolorosa de la que han hablado maderas, piedras,oros o plásticos a través de los siglos. Más impresiona la imagen de plástico en La Lagunilla que el original en Jerusalén.

En la ciudad amurallada un mismo templo es disputado por ortodoxos griegos, armenios y católicos romanos. Al menos hace siglos que han pactado y un musulmán guarda la llave del templo, abre la puerta cada mañana y, al mismo tiempo, entran el monje franciscano y el sacerdote griego. La hermosa explanada que guarda el Domo de la Piedra –donde Mahoma pisó

antes de irse al cielo— es vigilada celosamente por soldados israelíes y, adentro, por autoridades religiosas palestinas. En todos lados se pide modestia en el hablar, el vestir y el actuar. La explanada se levanta sobre los restos del Segundo Templo judío —construido y destruido por los romanos—. Al costado occidental, a los restos del muro del viejo templo judío se acercan hombres y mujeres, separadamente, no sólo de religión judía, sino de toda la cristiandad moderna. Arriba, sobre la explanada, rezan los musulmanes. Y es fácil perderse en los laberintos de la ciudad vieja, entre barrios y bazares árabes, vecindarios de judíos religiosos, zonas católicas, ruinas romanas, mamelucas, medievales... De súbito se oye que las mezquitas llaman a los rezos. Pero nada da miedo; nadie diría que aquí hay miedo, de unos, de otros, de Dios. Puede pasar cualquier cosa, pero todo está pactado, hasta el odiarse. No puede esperarse ni pedirse más. El buen Dios no está arriba en la explanada, o en las campanas franciscanas, o en el muro judío. El pacto es el buen Dios. Lo que salva no es el sacrificio sino el saber y manejar los riesgos del odio ineludible. Queda rezar, cuanto más bonito mejor, como aprendió el gaucho judío amigo de Borges, Alberto Gerchunoff (1910):

Llorad y gemid, hijos de Sión. . .
Hemos perdido a Sión
Hemos perdido a Toledo
No queda consolación. . .

DEL MONTE SCOPUS A ME'A SHE'ARIM

Dice en sus memorias Amoz Oz que el abuelo le advertía que ya no tenía caso hablar tantas lenguas como él: un verdadero europeo. ¿Para qué si Europa expulsó y mató a los verdaderos europeos como el abuelo de Oz? En Israel, el hebreo ha sido sacado de sus cenizas clásicas para volverlo una lengua de vida y, junto con el inglés, es la lengua franca entre el árabe, el ruso, el español, el francés, el polaco y muchas más. Y cuando aquí, en Jerusalén, uno, como Machado, se para a distinguir las voces de los ecos, no se sabe en qué lengua extraña o familiar vendrá esa voz. Tomé camino hacia The American

Colony, pero en lugar de entrar al barrio árabe me desvié en la avenida Bar Lev (luego Handasa y Tsankhanim) que era, grosso modo, la vieja frontera entre el Jerusalén israelí y el jordano hasta antes de 1967. Y crucé la vieja frontera y ahí, en una mañana calurosa de viernes, inicié mi cacería de voces.

Me'a She'arim es un barrio de judíos religiosos, unos más que otros y de distintas maneras, pero todos convencidos de mantener sus tradiciones pese a los pesares de la modernidad. No importa que el sol pegue de frente a 34 grados, hay que vivir las vísperas del *Sabbath* con el sombrero de fieltro, el abrigo, las medias y los pantalones negros, el cabello en rizos al frente. Las mujeres, con el cabello cubierto y luciendo vestidos pesados y calientes. Camino por la avenida principal, donde la gente se dedica a llenarse de provisiones para el largo y ortodoxo *Sabbath* en que todo estará cerrado. Las panaderías hierven de gente, las calles están repletas, el trazado de las calles y los edificios son una mezcla de tardío siglo XIX, y toda muestra de arquitectura y urbanismo del siglo XX. De no ser por la indumentaria de la gente, todo, el tráfico, las tiendas, el ruido, la suciedad, el calor, haría recordar la Rua Visconde de Pirajá al final de Ipanema, entrando a la populosa Copacabana en Río de Janeiro. Un letrero en una calle de Me'a She'arim pide modestia en el vestir y respeto; otro dice, en inglés, que los sionistas no son judíos, sino racistas. Aquí no hay favelas, pero también hay guerra.

Ayer los periódicos hablaban del debate en el Congreso para obligar a los habitantes de estos barrios a servir, como todos, en el ejército, para así quitarles el monopolio de las funciones cívico-religiosas —como matrimonios, divorcios y fallecimientos— que desde la fundación del Estado de Israel les fueron concedidas. Sólo las instituciones religiosas —judías, cristianas o musulmanas— otorgan los certificados de matrimonio; por tanto sin conversión, y aun con ella, sólo puede haber matrimonios inter-religiosos fuera del Estado de Israel. Parece ser que los balances parlamentarios hacen imposible quitar estos monopolios, así que estos barrios cuentan con un poder estatal más que tradicional o pintoresco. Al caminante, de cualquier forma, no puede sorprenderle esto al caminar por aquí. Hay niños por todas partes como en cualquier barrio de México, Colombia o Brasil, y los niños con menudo pie todo lo igualan.

Lo que asombra son las voces. Los mayores hablan poco, los niños juegan y se mueren de calor. Uno de ellos me grita algo. No entiendo. Mejor. Los jóvenes de aquella esquina gritan y hablan y, no obstante la indumentaria, cuando paso a su lado lo que se descubre es un idioma casi universal. Hablan *cool*, es decir, ese inglés americano lleno de “*is like*,” “*you know*”, “*oh, it’s so cool, you know.. ya, it’s so fucking cool man...*” Me acuerdo de un relato de un estadounidense socialista en la calle de Justo Sierra (¿o era Licenciado Verdad?) en la ciudad de México a principios de los veinte: ante tanto proletariado urbano, mestizos, españoles, judíos, chinos, preguntaba: ¿dónde está el sarape? Ya no hay, pues, dónde tener aventuras orientalistas: se va uno al bazar y está en Zitácuaro, se viene uno a Me’a She’arim y se encuentra al conspicuo adolescente americano versión caireles largos.

Sigo camino y voy a caer al mercado, que, como todos, es una belleza de colores y gente. Los urbanólogos siempre hablan de los órganos de las ciudades, y cuando Maxime du Camp escribió aquella especie de anatomía organicista de París (1869-75), o cuando el homeópata Juan Arriaga escribió lo propio sobre México (1894), dijeron que los mercados eran el estómago de las ciudades. La metáfora más correcta no viene de la anatomía sino del fútbol: los mercados son la poblada área chica en vísperas del tiro de esquina. Jalones, empujones, movimientos para todas partes, y siempre la posibilidad del gol: la fascinación de un rostro, de una fruta colorida, de un grito embriagador, de una mirada extraña... Como ese día de mi caminata: una berenjena, gorda, negra, brillante, hermosa, en manos de una mujer equivalente –gorda, brillante–. Si, Huidobro mediante, de golondrina se cae a golonfina, ¿es mucho estirar la lengua caer de berenjena a berenjeñora?

Del mercado salgo a la zona que los ingleses usaron de cuartel, hoy una elegante parte de la ciudad, con el afamado Hotel Rey David que fuera bombardeado por terroristas sionistas en 1946. Jardines y casas elegantes: aquí podría ser cualquier parte, Polanco, Pedrables... Hora de parar a tomar algo.

En la mesa contigua a la mía en el restaurante de la YMCA, hablan cuatro hombres, uno de ellos evidentemente estadounidense y los otros israelíes. (No es *racial* sino *linguistic profile*.) Neoyorquino el señor, defendiendo ante sus colegas su judaísmo. Traen unos portafolios, de esos propios de congresos

académicos, que dicen no se qué (décimo o quinto) Jewish Studies International Congress. O yo sigo a la raza académica o ella me sigue a mí, pero no traigo qué leer mientras bebo –craso error, caminar sin libro–, así que a encender el radar. Como una telenovela mexicana o argentina –de las cuales la televisión israelí está repleta (y en español)–, después de diez minutos el meollo del asunto está claro: judíos estadounidenses seculares que no niegan su judaísmo pero que, como decía el hombre, no creen que este rasgo sea definido por su residir o no en el Estado de Israel, y que a pesar de no vivir en Israel pueden entender la problemática y tienen derecho a criticar al Estado de Israel sin ser por ello unos asimilados o unos antisemitas. La otra posición no es, según se ve por las prendas y el lenguaje, la de religiosos radicales de Jerusalén, pero sí la de ciudadanos de Israel. Para ellos *it is a big deal* apostar por Israel, y hay que hacerlo y hay que vivirlo y hay que apoyarlo. Seguro éstos son los ecos de algo que empezó hace unos meses a raíz de un ensayo en el *London Review of Books* (John Mearsheimer and Stephen Walt, “The Israel Lobby”, 23 de marzo de 2006) y de lo que el distinguido escritor israelí A. B. Yehoshua dijo en Washington: que hay que estar en Israel para entender los dilemas actuales de la identidad judía, que fuera de Israel la identidad judía pierde sentido. Yo pido una carta para fingir que leo algo, que ya es mucho mi descaro. El estadounidense me ha cautivado con su ironía y mala leche. Le explica a sus colegas que el Estado de Israel está repitiendo (aunque aún está lejos) las desigualdades de Estados Unidos; sin más les dice que los etíopes “judíos” sacados secretamente de África hace unas décadas antes eran “Beta-Israel” y hoy cada vez más son simplemente negros y pobres. No les niega a sus interlocutores el éxito en la asimilación de varios grupos, pero les explica que para él cada vez más las desigualdades brillan y la demografía no ayuda: “Sharon se dio cuenta y prefirió consolidar fronteras y territorios sin árabes antes que la demografía dé la victoria al enemigo, pero lo que todavía está por verse es cuál es el factor de legitimidad que permitirá considerar *una* nación y *un* Estado a las contradicciones entre nosotros.” La cosa se calienta y el estadounidense revira y, palmeando la espalda de uno de sus contrincantes, les dice que lo que los define es esa constante insatisfacción y debate, esa mala leche, y no el estar en Israel o en

Nueva York. Y entonces, inevitablemente, sale el Holocausto (dice George Steiner que es más correcto llamarlo Shoah, pues “holocausto es una noble y técnica designación griega para sacrificio religioso, no un sustantivo propio para denominar la demencia dirigida”).

Pido otro jugo que la cosa se está poniendo buena. Recuerdo la tarde anterior en la Universidad Hebrea: la conversación del escritor Aaron Appelfeld, quien nos contó su vida de niño en los campos del este de Europa, su escape de la muerte. El hombre habló también de felicidad, de cosas como un baño en agua caliente proporcionado por una panda de ladrones de un pueblo ucraniano, de un trozo de pan donado por una prostituta cristiana que le dio trabajo y asilo por unas semanas. Y ante estos académicos enfrentados en la mesa contigua recuerdo cómo la audiencia de ayer por la tarde se enfadó, le reclamó a Appelfeld su hablar de felicidades en medio de un tema tan indescriptible. Appelfeld citó a Spinoza –que para eso existe, para salvarlo a él o a Borges– y dijo que ni lágrimas ni risas sino entendimiento (¿o era comprensión?). Appelfeld mencionó a sus muertos a manos de los alemanes y sus colaboradores –madre, abuela, padre– y dijo que era niño, que la felicidad y el horror tienen otra dimensión en los ojos de los niños y que, en efecto, recuerda cosas felices. “¿Eso me hace menos judío?” En fin, los estudiosos de la mesa de enfrente se han vuelto más cívicos, uno de los israelíes ha citado familiares muertos sin saber que el estadounidense cuenta con una abuela sobreviviente de Auschwitz (hoy residente en Florida). “*Florida! Is she a bad Jew?*”, pregunta. El contrincante decide ceder y hablar de un equipo de básquet israelí. No me queda bebida, sólo mi recuerdo de un polaco-mexicano, Moisés Glikovsky, que seguramente ningún *Jewish Studies Scholar* conoce, uno de tiempos anteriores al Shoah, quien dijo lo que esos de la mesa, lo que Appelfeld, pero en México: “México, recorro tus calles, que nunca pisaron mis antepasados. Deseo poner sus pasos sobre tu suelo, mas no enraízan. . . Perdí mi aldea y deseo encontrarla aquí siquiera en mi imaginación. Mi país nunca fue realmente mío, y ahora lo es menos. Llevo en mí el aroma de mi miedo desenraizado y lo transporto al país en el que ahora vivo.” ¿Por qué es tan difícil vivir con esta triste felicidad? ¿Por qué es tan difícil entenderlo?

Jerusalén nos recuerda cuán difícil es ser huérfanos de mal o de bien supremo. Vivimos, dice Fernando Escalante, con *la mirada de Dios* encima, ansiando encontrar en toda su pureza la maldad o la bondad que nos permita levantar el edificio ético a que estamos acostumbrados. Pero ¿y si Jerusalén existe para recordarnos, a Europa, a América, al Medio Oriente, que como especie hemos acumulado tanta infamia que cualquier posición en verdad ética, y en serio práctica, es al mismo tiempo bendición y castigo pactados?

EN EL MONTE SCOPUS

“Si la pena me dice que se va, me desvivo / por ser hospitalaria”, escribió en sus últimos años Rosario Castellanos, en Israel, donde no le faltó aflicción, ni a ella ni a Israel, en la década de 1970. La organización mexicana Amigos de la Universidad Hebrea, la propia Universidad Hebrea y la Secretaría de Relaciones Exteriores me han traído aquí sin merecer la cátedra que lleva este nombre: Rosario Castellanos. ¿Quién puede apersonar esa mezcla de ironía y desolación, esa alegría jocosa y ese pesar de vivir que nos dejó escrito Castellanos? Por seguro yo no. Ella decía que la soledad la acompañaba, que le pedía, “para saciarse, lágrimas”:

y me espera en el fondo de todos los espejos
y cierra con cuidado las ventanas
para que no entre el cielo.

No es posible no evocar la soledad de Castellanos, sin cielo, cuando por esta ventana entra un cielo abierto y transparente, cuando todo parece en calma, aunque nadie dude que las tardes bellas son treguas y son engaños. Estoy en el descanso de una clase que doy a 27 estudiantes. Hablo en español a israelíes, aunque argentinos, rusos, uruguayos, franceses, italianos, serbios. No sé qué puedo enseñarles si no acierto a expresar las sensaciones encimadas que siento: pensar en la ironía y la soledad de Castellanos bajo estos cielos, hablarles a ellos en español aquí en Jerusalén de temas que por arcanos son indispensables en estos horizontes tan en carne viva. ¿Qué

puedo decir cuando lo que quisiera es oír la historia de cada uno de mis alumnos? La ventana del salón está abierta. Afuera los estudiantes conversan en hebreo, español, ruso e inglés. Cae la tarde sobre Jerusalén. Se oye el llamado a la oración desde el Domo de la Piedra. ¿Fue realmente de la poetisa la soledad y desesperanza o lo único realmente suyo fue la ironía de mujer?

Allá abajo, el almuédano canta la cita a la oración y las campanas de los templos de la vieja Jerusalén llaman a los súbditos del otro Dios. La tarde cubre a Jerusalén de rojos, oros y ámbares brillantes. Sobre el Monte Scopus yo ideo el saber que me salve. Me hunde el desconsuelo político y el escepticismo intelectual. La tristeza es no poder engañarse más. Nada quisiera más que creer en el bien, en la verdad y en la belleza. Y creo. Pero nada de lo que me salva mira a la Meca o aguarda a amanecer en el Valle de Josafat al pie de la muralla. Como López Velarde, quisiera ahora volver a las cosas que me vuelven bueno. Verdad, bien, justicia o belleza son, cuando son, instantes, supremos, sí, recurrentes también, pero momentáneos, impuros y privados. Al centro de mí, como al centro de Jerusalén, está la ciudad vieja y eterna, la que veo en mí desde lejos con nostalgia y con envidia. De creer, creo. Creo en el Dios que da el derecho y la oportunidad de la Jerusalén privada. Escucho con respeto y admiración los cantos incomprensibles del minarete; acato el repique de las campanas, que no es mejor Dios ni es nada, pero es lo mío. Rezar no debe hacer daño. Ser rezado es indispensable. Jerusalén: no para rezar sino para sentirse incluido en alguna plegaria; Jerusalén: mi padre, joven, médico y solitario, hincado ante la cama y persignando cada mañana sus recuerdos, querencias y temores; cimientos éstos, y ancestrales, de las murallas de una Jerusalén privada. ¿A quién hay que matar para salvar esto? ❧